COLECCIÓN **POLIS** 3

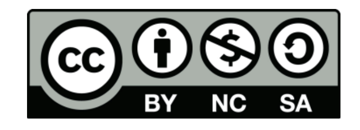
LO BURGUÉS (Y LA BURGUESÍA) COMO CONCEPTO Y COMO REALIDAD

Immanuel Wallerstein

Versión en castellano de Noelia Adánez



www.postmetropolis.com



Postmetropolis Editorial

Septiembre de 2015

Traducción: Noelia Adánez
Edición, corrección y maquetación: Noelia Adánez y Pablo Sánchez León

Diseño de la portada: Paula García Arizcun
Logo de Postmetropolis: Paula García Arizcun

Original: Immanuel Wallerstein, “The Bourgeois(ie) as Concept and Reality”, *New Left Review*, I/167 (1988), pp. 91-106.

Agradecemos a la revista *New Left Review* el permiso para la traducción. Edición en castellano de la revista en http://newleftreview.es/

Referencia electrónica:
Immanuel Wallerstein, “Lo burgués (y la burguesía) como concepto y como realidad”, Madrid, Postmetropolis Editorial.
Puesto en línea el 15 de septiembre de 2015.
<http://www.postmetropolis.com/textos/polis/POL0003.pdf>

Antes publicado en Ediciones Contratiempo, en junio de 2014

Définir le bourgeois? Nous ne serions pas d'accord
Ernest Labrousse (1955)

En la mitología del mundo contemporáneo el protagonista por antonomasia es el burgués. Héroe para algunos, villanos para otros, inspiración y objeto de veneración para la mayoría, se le ha considerado el forjador del presente y el destructor del pasado. En inglés, tendemos a evitar el término "burgués" y solemos emplear la locución "clase media" (o clases). Es ciertamente una ironía que, a pesar del tan cacareado individualismo característico del pensamiento anglosajón, no hay un término adecuado en singular para "clase(s) medias". Los lingüistas nos han explicado que el término burgués apareció por vez primera en su forma latina, *burgensis*, en 1007, y existen registros de su uso en francés como *burgeis*, hacia 1100. Originalmente designaba al habitante de un burgo, un área urbana, que tuviera la condición de "libre"[1]. Libre, sin embargo, ¿de qué? Libre de las obligaciones aparejadas a la pertenencia a un orden social; obligaciones que constituían el nexo económico del sistema feudal. El burgués *no* era un campesino ni un siervo, pero *tampoco* era un noble.

De modo que desde el principio encontramos tanto una anomalía como una ambigüedad. La anomalía tiene que ver con que no había un lugar apropiado para el burgués ni en la estructura jerárquica ni en el sistema de valores del feudalismo, con sus clásicos tres órdenes que, por otra parte, solo se consolidaron cuando el concepto de burgués hizo acto de

[1] G. Matoré, *Le vocabulaire et la société médiévale,* París, 1985, p. 292.

presencia[2]. Y la ambigüedad guarda relación con el hecho de que el término burgués es considerado honorable y simultáneamente es menospreciado, por lo que puede tomarse a un tiempo como un cumplido y como un reproche. Se dice que Luis XI se sentía honrado cuando le llamaban "el burgués de Berna"[3]. Y sin embargo Molière escribió una cáustica sátira sobre "le bourgeois gentilhomme", y Flaubert dijo: "J'appelle bourgeois quiconque pense bassement"[*].

Puesto que este burgués medieval no era parte ni de la nobleza ni del campesinado, acabaría siendo considerado como miembro de una clase intermedia, esto es, la clase media. Y esto originó una nueva ambigüedad. ¿Eran todos los habitantes de las ciudades burgueses o solo algunos de ellos? ¿Era el artesano un burgués o solo un pequeño burgués, o no era un burgués en absoluto? Conforme se fue extendiendo el uso del término, se identificó en la práctica con un cierto nivel –satisfactorio– de renta que implicaba tanto la posibilidad del consumo (un estilo de vida) como la posibilidad de invertir (capital).

Es en el cruce entre estos dos ejes –consumo y capital– donde fue tomando forma el uso del término. Por un lado, el estilo de vida de un burgués contrastaba con el del noble o el campesino/artesano. A diferencia del campesino/artesano, un estilo de vida burgués implicaba comodidad, maneras, limpieza. Y a diferencia del noble, presuponía cierta ausencia de un verdadero lujo y cierta torpeza en cuanto al comportamiento social (de ahí la noción de "nuevo rico"). Mucho después, cuando la vida urbana se va haciendo más compleja, el estilo de vida burgués comienza a diferenciarse del de un artista o un intelectual. Comienza a representar orden, convenciones sociales, sobriedad y aburrimiento por contraste con todo aquello que es percibido como espontáneo, liberador, sofisticado, audaz, con todo lo que en nuestros días llamaríamos "contracultural". Finalmente,

---

[2] G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1978 [edición en castellano, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, 1980].
[3] M. Canard, 'Essai de sémantique: Le mot "bourgeois"', *Revue de philosophie française et de littérature*, XXVII, p. 33.
[*] "Llamo burgués a quien piensa de forma mezquina" [N. del T.]

el desarrollo capitalista haría posible la adopción de un estilo de vida seudoburgués por parte del proletariado, sin que éste pudiera simultáneamente adoptar el rol de capitalista, y a eso precisamente es a lo que solemos llamar “aburguesamiento”.

Pero si un burgués como Babbitt ha sido la pieza central del discurso cultural moderno, es el burgués como capitalista el que ha ocupado el centro del discurso político económico de la modernidad. Se ha considerado que el burgués es quien ha capitalizado los medios de producción contratando trabajadores que, a cambio de salarios, han fabricado productos para su venta en el mercado. En la medida en que los beneficios obtenidos con estas ventas sean mayores que los costes de producción, incluyendo salarios, éstos constituyen el objetivo presumible del burgués capitalista. Hay quien ha celebrado las virtudes de este grupo social, considerando a los burgueses como emprendedores creativos. Y hay quienes han denunciado sus vicios, señalándolos como parásitos explotadores. Pero admiradores y detractores han convenido generalmente en que el burgués, este burgués capitalista, ha estado en el centro de la vida económica moderna, para casi todos desde el siglo XIX, para algunos desde el XVII, para unos cuantos incluso desde antes.

Definiciones del siglo XIX

Así como el concepto “burgués” ha referido a un estado intermedio entre el noble/propietario y el campesino/artesano, así también la era de la burguesía o la sociedad burguesa comenzó a definirse en dos sentidos diferentes. Cuando se echaba la mirada hacia atrás se la consideraba un avance respecto del feudalismo, y cuando se miraba hacia delante se la percibía en oposición a la promesa (o la amenaza) socialista. Esta definición es, en sí misma, un fenómeno del siglo XIX, percibido desde entonces por casi todo el mundo como el siglo del triunfo burgués, el momento quintaesencialmente burgués –no solo como concepto, sino

también como realidad. ¿Qué puede encarnar mejor la civilización burguesa en nuestra conciencia colectiva que la Inglaterra victoriana, factoría del mundo, corazón de "la carga del hombre blanco" en la que el sol no se pone nunca, responsable, científica, civilizada?

La realidad burguesa –tanto en su dimensión cultural como político económica– ha sido por tanto un fenómeno con el que todo el mundo se siente familiarizado. Ha sido descrito además de un modo sorprendentemente parecido por las tres grandes corrientes ideológicas del siglo XIX, el conservadurismo, el liberalismo y el marxismo. En sus concepciones del burgués, las tres han tendido a estar de acuerdo en su desempeño ocupacional (en tiempos más antiguos generalmente el burgués era un comerciante, más tarde un empresario con trabajadores a su cargo y dueño de los medios de producción, esencialmente alguien cuyos trabajadores producían bienes), sus motivaciones económicas (el beneficio, el deseo de acumular capital), y su perfil cultural (activo, racional, buscando satisfacer su propio interés). Podríamos pensar que con semejante unanimidad emergente ya en el siglo XIX alrededor de un concepto central, todos procederíamos a utilizarlo sin ninguna duda y con escaso debate. Y sin embargo, Labrousse nos advierte que no nos pondremos de acuerdo en una definición, y por esta razón nos exhorta a mirar más detenidamente la realidad empírica, incluyendo el mayor número posible de factores. No obstante, aunque Labrousse formuló esta propuesta en 1955, no tengo la impresión de que la comunidad académica haya aceptado el desafío. ¿Por qué motivo? Detengámonos en cinco conceptos en los que, en los trabajos de los historiadores y otros científicos sociales, el concepto de burgués (y burguesía) ha sido empleado de modos que han resultado insatisfactorios, si no para sus autores, sí al menos para un buen número de sus lectores. Quizá analizando estas insatisfacciones podamos encontrar pistas que nos ayuden a lograr una mayor imbricación entre concepto y realidad.

I. A menudo los historiadores hablan de un fenómeno que denominan la "aristocratización de la burguesía". Algunos de ellos han

propuesto, por ejemplo, que tal cosa sucedió en la Provincias Unidas en el siglo XVII[4]. La aparición en la Francia del antiguo régimen de una "nobleza de toga" surgida de la venalidad de los oficios y cargos, supuso en realidad una institucionalización de este concepto. Esto es, de hecho, lo que Thomas Mann describió en su novela *Los Buddenbrooks*: el clásico camino de transformación social de una rica dinastía familiar, desde el gran emprendedor al que consolida el patrimonio familiar, después el mecenas de las artes y, finalmente en nuestros días el egoísta decadente o el bohemio hedonista e idealista.

¿A qué se supone que estamos asistiendo? A que, por alguna razón y en cierto momento de su biografía, un burgués parece renunciar tanto a su estilo cultural como a su desempeño político-económico a favor de una posición "aristocrática", que desde el siglo XIX no es necesariamente la propia de una nobleza de título sino simplemente la de la riqueza añeja. El símbolo tradicional y formal de este fenómeno ha sido la adquisición de tierras, que opera el cambio del burgués de fábrica, propietario y residente en la ciudad, al habitante del campo, noble dueño de tierras.

¿Por qué haría un burgués algo así? La respuesta es obvia. En términos de estatus social, en términos del discurso cultural del mundo moderno, siempre ha sido cierto –desde el siglo XI hasta la actualidad– que de algún modo es "mejor" o más deseable ser un aristócrata que un burgués. Ahora bien, esta creencia es relevante por, al menos, dos razones. La primera, siempre se nos dice que la figura más dinámica en el proceso político económico en el que estamos inmersos –desde el siglo XIX, desde el siglo XVII, quizá incluso desde antes– es el burgués. ¿Por qué querría alguien dejar de estar en el centro de la escena para ocupar una esquina sombría en el drama social? En segundo lugar, mientras que lo que llamamos feudalismo o el orden feudal celebraba la nobleza y sus representaciones ideológicas, el capitalismo originó otra ideología que

[4] D. J. Roorda, 'The Ruling Classes in Holland in the Seventeenth Century', en J. S. Bromley y E. H. Kossman, (eds.), *Britain and the Netherlands*, II, Gröningen, 1964, p. 119; y del mismo, 'Party and Faction', *Acta Historiae Nederlandica*, II, 1967, pp. 196–197.

exaltaba, precisamente, lo burgués. Esta nueva ideología ha sido dominante al menos en el centro de la economía-mundo capitalista durante casi ciento cincuenta o doscientos años. Sin embargo, el fenómeno Buddenbrooks avanza rápido. Y en Inglaterra, incluso en nuestros días, un título nobiliario vitalicio es considerado un honor.

2. Un concepto importante y polémico en el pensamiento contemporáneo –habitual en escritos marxistas pero no únicamente limitado a éstos– es el de "la traición por parte de la burguesía" de su papel histórico. Ciertamente este concepto hace referencia al hecho de que, en determinados países, aquellos que se consideran menos "desarrollados", la burguesía local (nacional) ha abandonado su desempeño económico "normal" para convertirse en propietaria o rentista, esto es, en "aristocracia". Pero es más que su aristocratización en términos de biografía personal lo que se pone de manifiesto; es su aristocratización como colectivo. Es decir, la cuestión es la cronología de ese proceso de cambio en términos de algo así como un calendario nacional. Dentro de una teoría implícita de estadios de desarrollo, en cierto punto la burguesía se hará con el aparato del estado, creará un así llamado "estado burgués", industrializará el país y, por tanto, acumulará colectivamente cantidades significativas de capital. En suma, seguirá la supuesta trayectoria histórica de Gran Bretaña. Después de ese momento, quizá, será mucho menos importante si los individuos burgueses se "aristocratizan". Pero hasta ese momento, los cambios que experimentan estos individuos hacen más difícil (incluso hacen imposible) la transformación colectiva nacional. Este tipo de análisis ha constituido, en el transcurso del siglo XX, el basamento de una importante estrategia política. Ha sido empleado como justificación, en los partidos de la Tercera Internacional y sus sucesores, de la así llamada "teoría de la revolución nacional en dos estadios", de acuerdo con la cual los partidos socialistas tienen la responsabilidad no solo de llevar a cabo la revolución proletaria (o de segunda fase) sino también de jugar un papel relevante en el desarrollo de la revolución burguesa (o de primera fase). El argumento es que la primera fase es "necesariamente" histórica y que,

puesto que la burguesía nacional ha “traicionado” su papel histórico, se convierte en una función del proletariado sustituirla en el cumplimiento de esa función.

De modo que el concepto es doblemente intrigante. Es curioso que se piense que una clase social, el proletariado, tiene tanto la obligación y la posibilidad social de desarrollar la tarea histórica (cualquiera que sea el significado de esta expresión) de otra clase social, en este caso la burguesía. (Quiero hacer notar de paso que aunque la estrategia fue de hecho propuesta por Lenin o al menos contó con su bendición, tiene el tufo del moralismo que tanto Marx como Engels denunciaron en el socialismo utópico). Pero la idea de “traición” resulta todavía más curiosa cuando se la observa desde el ángulo de la propia burguesía. ¿Por qué razón debería la burguesía nacional “traicionar” su rol histórico? Presumiblemente tenía todo por ganar al desempeñar ese papel. Y puesto que desde entonces todos por igual –conservadores, liberales, marxistas– están de acuerdo en que la burguesía capitalista siempre persigue la satisfacción de sus propios intereses, ¿cómo es posible que, en este caso, parezca no haber sido capaz de identificar sus propios intereses? Parece más que un acertijo una contradicción en los términos. La idea resulta todavía más extraña si tomamos en consideración el hecho de que el número de burgueses nacionales que supuestamente habrían “traicionado” sus roles históricos ha resultado no ser pequeño sino grande; en realidad, estaríamos hablando de la mayoría.

Propiedad y control

3. El discurso de la “aristocratización de la burguesía” se ha intentado aplicar a diversas circunstancias acontecidas en países europeos especialmente entre los siglos XVI y XVIII, y la expresión de la “traición de la burguesía” se ha empleado generalmente para referirse a áreas extra-europeas en el siglo XX. Hay una tercera expresión, sin embargo, que se ha

utilizado particularmente con relación a Norteamérica y Europa occidental desde finales del siglo XIX y en el siglo XX. En 1932 Berle y Means escribieron un famoso libro en el que señalaron una tendencia en la historia estructural de las empresas y del mundo de los negocios, tendencia que llamaron "la separación entre la propiedad y el control"[5]. Con esta expresión intentaban describir el paso de una situación en la que el propietario legal de un negocio era también su gestor a otra en la que (como ocurre por ejemplo en la corporaciones modernas) los propietarios legales son muchos, se encuentran dispersos y virtualmente reducidos a meros inversores de capital, mientras que los gestores, con todo el poder real de decisión que poseen, no son necesariamente ni siquiera propietarios parciales sino que son, en términos formales, empleados asalariados. Es fácil asumir actualmente que esta realidad del siglo XX no se corresponde con la descripción del rol económico de los burgueses que, en el siglo XIX, llevaron a cabo tanto liberales como marxistas.

La aparición de las corporaciones empresariales hizo más que sólo cambiar las estructuras en la cúspide de las empresas. También originó un nuevo estrato social. En el siglo XIX Marx había predicho que, conforme se centralizara el capital, tendría lugar con el paso del tiempo una polarización creciente de las clases, de manera que finalmente sólo permanecerían una burguesía (insignificante) y un proletariado (numeroso). Con esto quería decir que en la práctica, en el curso del desarrollo capitalista, dos amplios grupos sociales, los pequeños productores agrícolas y los pequeños artesanos independientes urbanos, desaparecerían a través de un proceso doble: unos cuantos se convertirían en emprendedores a gran escala (esto es, burgueses) y la mayor parte se tornarían en trabajadores asalariados (esto es, proletarios). Si bien es cierto que los liberales rara vez hacían predicciones del estilo, no había nada en el análisis realizado por Marx, en la medida en que se trataba simplemente de una descripción social, que fuera incompatible con las tesis liberales. Conservadores como Carlyle

[5] A. Berle y G. Means, *The Modern Corporation and Private Property*, Nueva York, 1932.

consideraron las predicciones de Marx básicamente acertadas ... y se estremecieron ante la idea.

De hecho Marx estaba en lo cierto. Los miembros de estas dos categorías sociales habían disminuido dramáticamente en todo el mundo en los últimos ciento cincuenta años. Pero en el periodo que se inicia con la Segunda Guerra Mundial, los sociólogos habían advertido reiteradamente –hasta que se convirtió en un lugar común incontrovertible– que la desaparición de estos dos estratos fue en paralelo con la emergencia de nuevos grupos. Comenzó a decirse que "la vieja clase media" había empezado a desaparecer y que una "nueva clase media" hacía acto de presencia[6]. La nueva clase media hacía referencia al estrato en aumento de profesionales asalariados que ocupaban puestos de gestión o similares en estructuras corporativas en virtud de sus habilidades adquiridas en universidades; originariamente los "ingenieros", después los profesionales del derecho y de la salud, los especialistas en marketing, programadores informáticos, y así sucesivamente.

Llegados a este punto, es necesario reparar en dos cuestiones. La primera, una confusión lingüística. Estas "nuevas clases medias" se supone que son un "estrato intermedio" (como en el siglo XI), pero ahora localizado entre la "burguesía" o los "capitalistas" o "los directivos", y el "proletariado" o los "trabajadores". Los burgueses del siglo XI eran el estrato *medio*, pero en la terminología del siglo XX, el término se emplea para describir el estrato superior, en una situación en la que todavía existe la referencia a tres estratos. Esta confusión se forjó en los años sesenta como consecuencia de los intentos por rebautizar a las "nuevas clases medias" como "las nuevas clases trabajadoras", pretendiéndose de este modo reducir los tres estratos a dos[7]. Este cambio de nombre fue ampliamente respaldado por sus implicaciones políticas, pero apuntaba de hecho en la dirección de otra realidad cambiante: las diferencias en el estilo

---

[6] Ver, como ejemplo relevante, C. Wright Mills, *White Collar*, New York, 1951 [edición en castellano, *Las clases medias en Norteamérica*, Madrid, 1973].
[7] Ver, por ejemplo, A. Gorz, *Stratégie ouvrière et néocapitalisme*, Paris, 1964.

de vida y en el nivel de ingresos entre los trabajadores cualificados y los profesionales asalariados eran en realidad insignificantes.

En segundo lugar, estas “nuevas clases medias” eran muy difíciles de describir con categorías de análisis del siglo XIX. Poseían algunos de los rasgos de lo que se consideraba ser “burgués”. Eran “acomodadas”. Tenían algo de dinero para invertir (pero no demasiado) –fundamentalmente en acciones y bonos del Estado– y, desde luego, buscaban satisfacer su propio interés, tanto económica como políticamente. Pero tendían a compararse con los trabajadores asalariados en la medida en que vivían principalmente de los pagos corrientes obtenidos a cambio de su trabajo (en lugar de las rentas de la propiedad), hasta el punto de ser “proletarios”. Y su estilo de vida a menudo hedonista eclipsaba el puritanismo asociado tradicionalmente con la cultura burguesa, y en esa medida se aproximaban a la “aristocracia”.

4. Se estableció una analogía con las “nuevas clases medias” en el Tercer Mundo. Conforme se sucedieron las independencias después de la Segunda Guerra Mundial, los observadores comenzaron a tomar nota del surgimiento de un estrato social significativo. Se trataba de cuadros educados empleados por el gobierno cuyos niveles de ingreso les hacían ostentar una posición considerablemente “acomodada” en comparación con la mayor parte de sus compatriotas. En África, donde esos cuadros aparecieron más claramente sobre la ausencia virtual de otras variedades de grupos “acomodados”, apareció un nuevo concepto creado para designarlos, la “burguesía administrativa”. La burguesía administrativa “era bastante burguesa” en cuanto a su estilo de vida y a sus valores sociales. Constituyó el basamento social de la mayor parte de los regímenes, hasta el punto de que Fanon sostuvo que los estados africanos articulados en torno a un único partido eran “dictaduras de la burguesía”, precisamente de esta burguesía[8]. Y sin embargo, parecía que estos

[8] F. Fanon, *The Wretched of the Earth*, New York 1964, pp. 121–63 [edición en castellano, *Los condenados de la tierra*, Tafalla, 2011].

funcionarios no eran en realidad burgueses en el sentido de jugar alguno de los roles económicos tradicionales de los burgueses como emprendedores, empleadores de fuerza de trabajo asalariada, innovadores, audaces, maximizadores del beneficio. Bueno, eso no es del todo correcto. La burguesía administrativa a menudo desempeñó esos roles económicos clásicos, pero cuando lo hizo, no fue aplaudida sino acusada de "corrupción".

5. Hay un quinto escenario en el que el concepto de burguesía y/o clases medias ha venido a desempeñar un papel confuso pero fundamental. Se trata del análisis de la estructura del estado en el mundo moderno. Una vez más, tanto la doctrina conservadora como la liberal como la marxista, presuponen que el advenimiento del capitalismo es correlativo a y está íntimamente conectado con el control político de la maquinaria del estado. Los marxistas consideraban que una economía capitalista implicaba un estado burgués, un punto de vista sucintamente recogido en el aforismo "el Estado es el comité ejecutivo de la clase dirigente"[9]. El corazón de la interpretación *whig* de la historia era que el camino hacia la liberación de la humanidad se trazaría en paralelo en los ámbitos económico y político. *Laissez-faire* presuponía democracia representativa o al menos gobierno parlamentario. ¿Y sobre qué emitían quejas los conservadores si no era acerca de la profunda conexión entre la importancia creciente de las finanzas y el declive de las instituciones tradicionales (en primer lugar, al nivel de las estructuras del estado)? Cuando los conservadores hablaban de restauración, era el privilegio monárquico y aristocrático lo que pretendían restaurar.

Y sin embargo, se advierten algunas voces persistentemente disidentes. En ese núcleo del triunfo burgués que fue la Inglaterra victoriana, y en el mismo momento del triunfo, Walter Bagehot examinó el rol esencial que de manera continuada jugó la monarquía para mantener

[9] K. Marx y F. Engels, *The Communist Manifesto* [1848], Nueva York, 1948 [edición en castellano, *El manifiesto comunista de Marx y Engels*, Madrid, 2005].

las condiciones que permitieron a un estado moderno, a un sistema capitalista, sobrevivir y prosperar[10]. Max Weber insistió en que la burocratización del mundo, su opción por el proceso clave de civilización capitalista, nunca se daría en la cima del sistema político[11]. Y Joseph Schumpeter afirmó que, puesto que en efecto la burguesía era incapaz de prestar atención a las advertencias de Bagehot, el edificio del gobierno terminaría derrumbándose inevitablemente[12]. Los tres estaban argumentando que la equiparación de la economía burguesa al estado burgués no era una cuestión tan simple como podía parecer.

Del lado de los marxistas, la teoría del estado, del estado basado en la clase (burguesa), ha sido una de las cuestiones más polémicas de los últimos treinta años, particularmente en los debates entre Nicos Poulantzas y Ralph Miliband[13]. La expresión "autonomía relativa del Estado" se ha convertido en un cliché ampliamente aceptado. ¿A qué hace referencia si no al hecho de que en este momento se admite que existen tantas versiones de la "burguesía" o de las "clases medias" que resulta difícil sostener que alguna de ellas controla el estado de modo directo como insinuaba el aforismo marxista? Tampoco la combinación de varias de estas versiones parece dar por resultado la existencia de una única clase o grupo.

[10] W. Bagehot, *The English Constitution* [1867], Londres, 1964 [edición en castellano, *La Constitución Inglesa,* Madrid, 2010].
[11] M. Weber, *Economy and Society* [1922], III, Nueva York, 1968, p.e. pp. 1403–1405 [edición en castellano, *Economía y Sociedad: esbozo de una sociología comprensiva*, Madrid, 2002].
[12] J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York, 1942, Capítulo 12 [edición en castellano, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, 1996].
[13] R. Miliband, *The State in Capitalist Society*, Londres, 1969 (edición en castellano, *El estado en la sociedad capitalista*, Madrid, 1997); N. Poulantzas, *Political Power and Social Classes* [1968], Londres, 1973 (edición en castellano, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Madrid, 1978); y se puede seguir el debate entre ambos en *New Left Review* 58, 59, 82 y 95.

El concepto replanteado

Por tanto, el concepto de burguesía, tal y como ha llegado hasta nosotros desde sus orígenes medievales pasando por sus avatares en la Europa del antiguo régimen y por el industrialismo del siglo XIX, parece difícil de utilizar cuando hablamos del siglo XX. Resulta incluso más complicado utilizarlo como hilo de Ariadna para interpretar el desarrollo histórico del mundo moderno. Y sin embargo, nadie parece estar en condiciones de desechar el concepto por completo. No conozco ninguna interpretación de este mundo moderno nuestro en la que el concepto de burguesía o, alternativamente el de clases medias, no esté presente. Y por una buena razón. Es difícil contar una historia sin su protagonista principal. Sin embargo, cuando un concepto muestra una mala adaptación a la realidad –y en todas y cada una de las interpretaciones ideológicas más importantes de esa realidad– es quizá el momento de revisar el concepto y reconsiderar cuáles son en realidad sus rasgos fundamentales.

Déjenme empezar poniendo de manifiesto otra curiosa pieza de historia intelectual. Todos somos muy conscientes de que el proletariado o, si lo prefieren, los trabajadores asalariados, no han estado siempre ahí, sino que han sido "creados" en el transcurso del tiempo. En un tiempo muy lejano, la mayor parte de quienes habitaban el mundo del trabajo eran productores agrícolas en espacios rurales, que obtenían sus ingresos de fuentes distintas. Muy raramente tales ingresos tenían la forma de salarios. Hoy en día, una parte importante (incluso la más importante) de la fuerza de trabajo en el mundo es urbana y en su mayor parte sus ingresos proceden de salarios. Este cambio es designado por algunos como "proletarización", y por otros "el surgimiento de la clase trabajadora"[14]. Hay múltiples teorías acerca de este proceso, que es objeto recurrente de estudio.

[14] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class,* versión revisada, Londres, 1968 [edición en castellano, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, 1989].

También somos conscientes, aunque quizá es menos visible para muchos de nosotros, que el porcentaje de personas que pueden denominarse burgueses (en una u otra definición) es mucho mayor en nuestros días de lo que lo era antes, y sin duda ha aumentado de manera constante desde, quizá, el siglo XI, y con total seguridad desde el siglo XVII. Y sin embargo, hasta donde yo sé, nadie habla de "burguesificación" como un proceso paralelo a la "proletarización". Nadie ha escrito un libro sobre la creación de la burguesía, de hecho se escriben libros sobre "les bourgeois conquérants"[15]. Es como si la burguesía fuera algo dado y, por tanto, actuara sobre otros actores: sobre la aristocracia, sobre el estado, sobre los trabajadores. No parece tener orígenes, es como si emergiera ya adulta de la cabeza del mismo Zeus.

Deberíamos reaccionar ante una imagen tan obvia como *deus ex machina*, y eso que de hecho lo ha sido, ya que el uso más relevante que se le ha dado al concepto burguesía/clases medias es, precisamente, para explicar los orígenes del mundo moderno. Hubo una vez, de acuerdo con este mito, el feudalismo, o una economía no comercial y no especializada. Hubo señores y hubo campesinos. Había también (¿pero fue sólo por casualidad?) un puñado de burgueses urbanos que producían y comerciaban en el mercado. Surgieron las clases medias, ampliándose desde entonces el espacio de las transacciones monetarias, desencadenando las maravillas del mundo moderno. O, con palabras algo diferentes pero sosteniendo básicamente la misma idea, la burguesía no solo emergió (en el espacio económico) sino que subsecuentemente apareció también (en el ámbito político) para derrocar a la hasta entonces dominante aristocracia. En este mito, la burguesía/clases medias han de aparecer dadas por supuestas precisamente para otorgar sentido al mito. Un análisis de la formación histórica de la burguesía pondría necesariamente en duda la coherencia explicativa del mito. Y sin embargo un análisis de este tipo no ha sido llevado a cabo, o al menos no muy a menudo.

---

[15] C. Morazé, *Les bourgeois conquérants*, París, 1957.

La reificación de un actor particular, el burgués urbano de finales de la Edad Media, convertido en una esencia no sometida a examen, el burgués –ese burgués que conquista el mundo moderno– va de la mano con una mistificación de su psicología y de su ideología. Se supone que este burgués es un "individualista". Una vez más, es interesarse reparar en la concordancia entre conservadores, liberales y marxistas. Las tres escuelas de pensamiento han asegurado que, a diferencia de lo sucedido en épocas pasadas (y para los marxistas en particular a diferencia de lo que acontecerá en el fututo), existe un actor social relevante, el emprendedor burgués, que se ocupa de sí mismo y solo de sí mismo. No siente ninguna clase de compromiso social, no conoce (o conoce muy pocas) limitaciones sociales, está siempre rigiendo su comportamiento por un cálculo benthamiano entre el placer y el dolor. Los liberales del siglo XIX definieron esto como el ejercicio de la libertad y aseguraron que, de un modo un tanto misterioso, si cada quien se conducía de esta manera desde lo más profundo de su corazón, redundaría en beneficio de todos. No habría perdedores, solo ganadores. Los conservadores del siglo XIX y los marxistas coincidieron en sentirse moralmente interpelados y sociológicamente indiferentes ante esta despreocupación liberal. Lo que para los liberales representaba el ejercicio de las "libertades" y la fuente del progreso humano era visto por aquéllos como el origen de la "anarquía", completamente indeseable en sí misma y tendente en el largo plazo a la disolución de los lazos sociales que garantizan la vida en sociedad.

No estoy poniendo en duda que el pensamiento moderno posea un acusado "individualismo" cuyo punto álgido de influencia se alcanzó en el siglo XIX. Tampoco que este rasgo de pensamiento tuviera un reflejo –como causa y como consecuencia– en determinados tipos de comportamiento social atribuibles a los actores sociales en el mundo moderno. Lo que deseo es alertar contra la deducción lógica que pasa de observar el individualismo como *una* realidad social importante, a observarlo como *la* realidad social en el mundo moderno, en la civilización burguesa, en la economía-mundo capitalista. Simplemente eso no es así.

El problema fundamental reside en nuestro imaginario acerca de cómo funciona el capitalismo. Puesto que el capitalismo requiere de la libre circulación de los factores de producción –trabajo, capital y mercancías– asumimos que requiere, o que al menos los capitalistas desean, una libertad *absoluta*, mientras que de hecho, requiere y los capitalistas desean, una libertad *parcial*. Puesto que el capitalismo opera a través de mecanismos de mercado, basados en la "ley" de la oferta y la demanda, asumimos que requiere, o los capitalistas desean, un mercado perfectamente competitivo, mientras que lo que precisa y lo que los capitalistas quieren son mercados que puedan ser utilizados y evadidos al mismo tiempo. Se trata por tanto de una economía que coloca la competencia y el monopolio juntos en una mezcla operativa. Puesto que el capitalismo es un sistema que premia el comportamiento individualista, asumimos que requiere, o que los capitalistas esperan, que cada uno actúe a partir de motivaciones de tipo individualista, mientras que en la práctica requiere, y los capitalistas esperan, que tanto los burgueses como los proletarios incorporen importantes dosis de orientación social anti-individualista en sus mentalidades. Puesto que el capitalismo es un sistema que se ha fundado en el presupuesto jurídico del derecho a la propiedad, asumimos que requiere, y que los capitalistas esperan, que la propiedad sea sacrosanta y que los derechos privados de propiedad se extiendan cada vez a más ámbitos de interacción social, mientras que en realidad la historia del capitalismo ha sido la historia de un declive constante, no de una expansión, de los derechos de propiedad. Puesto que el capitalismo es un sistema en el que los capitalistas se han peleado siempre por el derecho a tomar decisiones económicas a partir de razonamientos puramente económicos, asumimos que esto significa que sienten aversión por el hecho de que la política pueda interferir en sus decisiones, mientras que en la práctica siempre han buscado de un modo pertinaz utilizar la maquinaria del estado y han aceptado muy positivamente el concepto de primacía política.

Acumulación sin fin

En suma, lo que ha constituido un problema con relación a nuestro concepto de burguesía es nuestra lectura invertida (si no perversa) de la realidad histórica del capitalismo. Si el capitalismo es alguna cosa, es un sistema basado en la lógica de una acumulación *sin fin* de capital. Es esta infinitud la que ha sido celebrada o reconvenida como su carácter prometeico[16]. Es esta infinitud la que, para Emile Durkheim, conlleva la anomia[17]. Es de esta infinitud de la que Erich Fromm insistía que todos queríamos escapar[18].

Cuando Max Weber se dispuso a analizar el vínculo necesario entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, describió las implicaciones sociales de la teología calvinista de la predestinación[19]. Si dios era omnipotente, y si solo una minoría podría salvarse, los seres humanos no podían hacer nada para garantizar el formar parte de esa minoría, puesto que hacerlo implicaba capacidad para determinar la voluntad de dios y éste por tanto dejaría de ser omnipotente. Weber señaló, sin embargo, que esto funcionaba en el terreno de la lógica, pero que resultaba imposible de sostener psicológicamente. Psicológicamente, uno podría deducir de este planteamiento que cualquier clase de comportamiento es permisible, puesto que existe la predestinación. O uno podría sumirse en una depresión profunda y su consiguiente inactividad al pensar que todo comportamiento es fútil con relación al único objetivo legítimo, esto es, la salvación. Weber arguyó que una lógica que entra en conflicto con una psicología no puede sobrevivir y debe ser apartada. Así sucedió con el calvinismo. Al principio de la predestinación los calvinistas añadían la posibilidad de precognición, o al menos de una precognición negativa.

---

[16] D. Landes, *Prometheus Unbound*, Cambridge, 1969.
[17] E. Durkheim, *Suicide* [1897], Glencoe, 1951 [edición en castellano, *El Suicidio: estudio de sociología*, Madrid, 2004).
[18] E. Fromm, *Escape from Freedom*, Nueva York, 1941 [edición en castellano, *El miedo a la libertad*, Barcelona, 2008].
[19] M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* [1904–1905], Londres, 1930 [edición en castellano, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, 2013].

Mientras que no podemos influir en el comportamiento de dios por nuestros actos, ciertos tipos de comportamiento negativo o pecaminoso podían ser tomados como signos de que dios nos había abandonado.

Intentaré hacer un análisis paralelo al de Weber, distinguiendo entre la lógica y la psicología del *ethos* capitalista. Si el objeto del ejercicio es la acumulación de capital sin fin, el trabajo eterno y la renuncia son lógicamente obligados. Hay una ley de hierro de los beneficios del mismo modo que hay una ley de hierro de los salarios. Un penique gastado en la autocomplacencia es un penique sacado del proceso de inversión y, por consiguiente, de acumulación creciente de capital. Pero aunque la ley de hierro de los beneficios es lógicamente complicada, psicológicamente es simplemente insostenible. ¿Qué interés tiene ser un capitalista, un emprendedor, un burgués, si no se obtiene beneficio personal de ningún tipo? Obviamente, no tiene interés, y nadie lo haría. Y sin embargo, desde un punto de vista lógico, esto es lo que se demanda. Bien, sin duda entonces la lógica debe ser apartada o el sistema nunca funcionaría. Y ha estado funcionando, claramente, desde hace ya algún tiempo.

Igual que la combinación omnipotencia-predestinación fue modificada (y finalmente cuestionada) por la precognición, la combinación acumulación-ahorro se vio alterada (y finalmente cuestionada) por la renta. La renta, como sabemos, fue presentada por los economistas clásicos (incluido Marx, el último de los economistas clásicos) como la auténtica antítesis del beneficio. Pero no es su antítesis, es su avatar. Los economistas clásicos vieron una evolución histórica desde la renta hasta el beneficio, que tradujeron en nuestro mito histórico de que la burguesía desbancaría a la aristocracia. Sin embargo, esto es falso al menos de dos maneras diferentes. La secuencia temporal es a corto plazo y no a largo plazo, y funciona en la dirección contraria. Cada capitalista busca transformar el beneficio en renta. Esto se traduce en lo siguiente: el objetivo primordial de cada "burgués" es convertirse en un "aristócrata". Ésta es una secuencia de corta duración, no una afirmación que sirva para la *longue durée*.

¿Qué es la "renta"? En los más estrechos términos económicos la renta es el ingreso que se deriva de controlar cierta realidad espacio-

temporal que no puede ser considerada en ningún caso como creación de un propietario o resultado de su trabajo (ni siquiera de su trabajo como emprendedor). Si tengo suficiente suerte como para poseer tierra cerca del badén de un río e impongo un impuesto para poder cruzar mis tierras, estoy percibiendo una renta. Si permito que otros trabajen en mis tierras por su propia cuenta o que vivan en edificios de mi propiedad, y a cambio recibo un pago, soy un rentista. De hecho, en la Francia del siglo XVIII, los rentistas eran definidos en los documentos como "burgueses viviendo libremente de sus ingresos", esto es, al margen del mundo de los negocios o de las profesiones[20].

Ahora, en ninguno de estos supuestos es el todo cierto que no he hecho nada para poder obtener ventajas que conducen a la renta. He tenido la visión, o la fortuna, de haber adquirido derechos de propiedad de algún tipo que es lo que me permite obtener legalmente la renta. El "trabajo" que está bajo la adquisición de los derechos de propiedad tiene dos rasgos. Se hizo en el pasado, no en el presente. (De hecho, a menudo fue hecho en el pasado remoto, por algún ancestro). Y requiere el beneplácito de la autoridad política, sin el cual es imposible ganar dinero en el presente. Por lo tanto renta = pasado, y renta = poder político.

La renta sirve a quien ya tiene propiedades, no sirve a quien busca a través de la fuerza del trabajo cotidiano adquirir propiedades. Por tanto la renta siempre está sometida a un desafío. Y puesto que la renta está garantizada políticamente, siempre está sometida a un desafío político. El desafiante que triunfe, sin embargo, adquirirá como consecuencia propiedad. Tan pronto como lo haga, sus intereses le dictarán la defensa de la renta como algo legítimo.

---

[20] G. V. Taylor, 'The Paris Bourse on the Eve of the Revolution', *American Historical Review*, LXVII, 1961, p. 954. Ver también M. Vovelle and D. Roche, 'Bourgeois, Rentiers and Property Owners: Elements for Defining a Social Category at the End of the Eighteenth Century', en J. Kaplow, (ed.), *New Perspectives and the French Revolution: Readings in Historical Sociology,* Nueva York, 1965; y R. Forster, 'The Middle Class in Western Europe: An Essay', en J. Schneider, (ed.), *Wirtschaftskräften und Wirtschaftswege: Beitrage zur Wirtschaftsgeschichte*, 1978.

La renta es un mecanismo destinado a incrementar el margen de beneficio sobre el que se obtendría en un mercado auténticamente competitivo. Volvamos al ejemplo del río. Supongamos que tenemos un río en el que existe un único pequeño lugar en el que es posible construir un puente. Hay varias opciones. El estado puede proclamar que toda la tierra es potencialmente privada, y que la persona que a la sazón posee un terreno en las dos orillas opuestas de este pequeño espacio puede construir un puente privado y obligar a pagar un impuesto privado por cruzarlo. Dada mi premisa original de que solo existe un punto por el que sea posible cruzar el río, esta persona tendrá el monopolio y podrá imponer un impuesto elevado como medio de conseguir una parte importante de la plusvalía de todas las mercancías que recorran el itinerario que obliga a cruzar el río. Alternativamente, el estado puede proclamar los terrenos opuestos en cada una de las orillas públicos, en cuyo caso se abre una de las dos posibilidades ideales que expongo a continuación. Uno, el estado construye un puente con fondos públicos y no cobra ninguna tasa o cobra una tasa a precio de coste, de manera que no se extraiga ninguna plusvalía de la cadena de producción. O dos, el estado anuncia que, siendo las orillas de propiedad pública, pueden ser utilizadas por propietarios de pequeñas embarcaciones para transportar mercancías por el río. En este caso, la competitividad podría reducir el precio del servicio hasta niveles que favorecieran un bajo margen de beneficio para los propietarios de barcos, y que por tanto permitiera una extracción mínima de plusvalía de la cadena de productos que atraviesan el río.

Renta y monopolio

Nótese como, en este ejemplo, la renta parece ser lo mismo o casi lo mismo que el beneficio derivado del monopolio. Un monopolio, como sabemos, implica una situación en la que por causa de la ausencia de competencia, quien haga la transacción puede obtener un beneficio elevado, o podríamos decir una importante porción de la plusvalía

generada en la totalidad de la cadena de producción de la que el segmento monopolizado forma parte. Está muy claro, resulta de hecho auto-evidente, que cuanto más cerca está una empresa de monopolizar un tipo específico de transacción económica en determinado ámbito espacio temporal, mayor es el margen de beneficio. Y cuanto más competitiva es la situación del mercado, menor es el margen de beneficio. De hecho este vínculo entre auténtica competitividad y márgenes bajos de beneficio es en sí mismo una de las justificaciones histórico-ideológicas del sistema de libre mercado. Es una pena que el capitalismo nunca haya conocido el libre mercado. Y no ha conocido el libre mercado porque los capitalistas procuran el beneficio, maximizar el beneficio con objeto de acumular capital, tanto capital como sea posible. Por tanto no están únicamente motivados sino estructuralmente preparados para desarrollar posiciones monopólicas, algo que les impele a procurar la maximización del beneficio a través de la principal agencia que puede hacerlo de la manera más duradera, el estado.

Así que, como ven, el mundo que presento está patas arriba. Los capitalistas no quieren competencia sino monopolio. Intentan acumular capital no a través del beneficio sino de la renta. No quieren ser burgueses sino aristócratas. Y puesto que históricamente –esto es, desde el siglo XVI hasta la actualidad– hemos asistido a una profundización y ampliación de la lógica capitalista en la economía-mundo capitalista, hay más y no menos monopolio, hay más aristocracia y menos burguesía.

Quizá piensen que me excedo. Que me paso de listo. Que ésta no es una imagen reconocible del mundo que conocemos, ni siquiera una interpretación plausible del pasado histórico que hemos estudiado. Y estarán en lo cierto, porque he dejado fuera la mitad de la historia. El capitalismo no es inmóvil; es un sistema histórico. Se ha desarrollado a través de su lógica interna y de sus contradicciones internas. Dicho de otro modo, tiene tendencias seculares y ritmos cíclicos. Veamos esas tendencias seculares, particularmente con relación con el sujeto de nuestro interés, la burguesía; o mejor, observemos el proceso secular al que hemos dado el

nombre de burguesificación. Este proceso, creo, tiene lugar del siguiente modo.

La lógica del capitalismo apela al puritano abstemio, al Scrooge [*del cuento de Dickens*] que está resentido incluso en Navidad. La psicología del capitalismo, en la que el dinero es la medida de la gracia más incluso que el poder, apela a la exhibición de riquezas y, por tanto, al "consumo conspicuo". La forma en que el sistema opera para soportar estas contradicciones consiste en trasladar los dos impulsos a una secuencia generacional: el fenómeno Buddenbrooks. Dondequiera que encontremos una concentración de exitosos emprendedores, se tratará de una concentración de Buddenbrooks. La aristocratización de la burguesía en la Holanda de finales del siglo XVII, por ejemplo. Cuando esto se repite como una farsa, lo llamamos la traición del papel histórico de la burguesía –en el Egipto del siglo XX, por ejemplo.

Ésta no ha sido únicamente una cuestión del burgués en tanto que consumidor. Su inclinación hacia el estilo aristocrático de vida también puede encontrarse en su particular manera de conducirse como emprendedor. Hasta bien entrado el siglo XIX (con algunas continuidades que perduran hasta nuestros días), la empresa capitalista fue construida, en lo referente a las relaciones de trabajo, sobre el modelo del feudalismo medieval. El propietario se presentaba como la figura paterna, cuidadora de sus empleados, a los que proveía de un lugar donde vivir, ofreciéndoles algo así como un programa de seguridad social, y preocupándose no únicamente por su comportamiento en el trabajo sino por su comportamiento moral. Con el tiempo, sin embargo, el capital tendió a concentrarse. Ésta es la consecuencia directa de procurar el monopolio, de eliminar a los posibles competidores. Se trata de un proceso retardado por las corrientes adversas a los monopolios. Y a pesar de esto las estructuras empresariales han crecido gradualmente, lo que ha implicado la separación de la propiedad y el control: el fin del paternalismo, la aparición de la corporación y la consiguiente emergencia de las nuevas clases medias. Donde las "empresas" son de hecho propiedad del estado en lugar de propiedad privada, como suele suceder en estados débiles en áreas

periféricas y especialmente semi-periféricas, las nuevas clases medias adoptan la forma, en gran medida, de una burguesía administrativa. A medida que este proceso avanza, el papel del propietario se torna cada vez menos importante, quedando finalmente como un vestigio.

¿Cómo podemos conceptualizar a estas nuevas clases medias de burguesía asalariada? Son claramente burguesía con relación a su estilo de vida o a sus hábitos de consumo, o (si se prefiere) por el hecho de ser los receptores de la plusvalía. No son burgueses, o lo son en mucha menor medida, con relación al capital o los derechos de propiedad. Quiero decir con esto que son mucho menos capaces que la burguesía "clásica" de transformar el beneficio en renta para aristocratizarse. Viven sobre las ventajas conseguidas en el presente, y no sobre las herencias recibidas del pasado. Más aún, no pueden traducir los ingresos presentes (beneficios) en ingresos futuros (renta). Es decir, no podrán representar un día el pasado que vivirán sus hijos. No solo viven en el presente, sino que también lo hacen sus hijos y los hijos de sus hijos. Es de esto de lo que va la burguesificación: el fin de la posibilidad de aristocratizarse (el más amado de los sueños de cualquier clásico burgués propietario), el fin de construir un pasado para el futuro. Se trata por tanto de una condena a vivir en el presente.

Reflexionemos acerca del extraordinario paralelismo que existe con lo que hemos denominado tradicionalmente proletarización. Paralelismo, no identidad. Un proletario, según la convención ampliamente asumida, es un trabajador que ha dejado de ser un campesino (esto es, un insignificante operario de la tierra) o un artesano (es decir, un insignificante operario de máquinas). Un proletario es alguien que únicamente posee su fuerza de trabajo para ofrecer en el mercado, y ningún recurso (es decir, ningún pasado) del que echar mano. Vive de lo que gana en el presente. El burgués que estoy describiendo tampoco tiene el control del capital (y por tanto no tiene pasado) y vive de lo que gana en el presente. Hay, sin embargo, una diferencia llamativa con el proletario. Vive mucho, muchísimo mejor. La diferencia parece no tener nada o muy poco que ver con el control de los

medios de producción. Y sin embargo de algún modo esta burguesía producto de la burguesificación obtiene la plusvalía creada por ese proletariado producto de la proletarización. Por tanto, si no es el control de los medios de producción, algo debe controlar esta burguesía que no controla el proletariado.

"Capital humano"

Detengámonos en este punto en la reciente emergencia de otro cuasi-concepto, el del capital humano. Capital humano es lo que esta burguesía de nuevo estilo tiene en abundancia, mientras que el proletariado no. ¿Y dónde adquieren el capital humano? La respuesta es bien conocida: en los sistemas educativos, cuya auto-proclamada función primordial consiste en entrenar a la gente para convertirse en miembros de las clases medias, esto es, para ser los profesionales, los técnicos, los administradores de las empresas públicas y privadas que constituyen los fundamentos del edificio económico de nuestro sistema.

¿Los sistemas educativos en la actualidad producen en realidad capital humano, es decir, personas entrenadas en habilidades específicas y difíciles de adquirir que son acreedoras por ello de un reconocimiento económico especial? Podríamos tal vez sostener que en los niveles más altos de nuestro sistema educativo se hace algo en este sentido (e incluso ahí solo parcialmente), pero la mayor parte de nuestros sistemas educativos cumplen en realidad la función de socializar, de cuidar y de filtrar a quienes surgirán como nuevas clases medias. ¿Cómo filtran? También conocemos la respuesta a esta pregunta. Obviamente filtran a través del mérito, en el sentido de que nadie completamente idiota conseguirá, pongamos por caso, un doctorado (o al menos se dice que esto es improbable). Pero puesto que mucha (no poca) gente tiene méritos (al menos los suficientes como para ser miembros de las nuevas clases medias), la selección ha de ser, una vez que todo ha sido dicho y hecho, un tanto arbitraria.

Nadie quiere que su suerte se dirima en un sorteo, es demasiado arriesgado. La mayor parte de la gente hará todo lo que esté en su mano para evitar la arbitrariedad. Utilizarán su influencia, si la tienen, para asegurarse de que ganan el sorteo, es decir, para asegurarse el acceder al privilegio. Y quienes tienen más ventaja son quienes tienen más influencia. La única cosa que las nuevas clases medias pueden ofrecer a sus hijos, ahora que no pueden legarles el pasado (o al menos encuentran cada vez más difícil hacerlo) es el acceso privilegiado a las "mejores" instituciones educativas.

No debería sorprendernos que en el centro de la disputa política se encuentren las leyes que regulan el sistema educativo, definido en su sentido más amplio. Pero volvamos al estado. Aunque es cierto que el estado es crecientemente más incapaz de asegurar un pasado, consolidar el privilegio y legitimar la renta –es decir, que la propiedad está convirtiéndose cada vez en algo menos importante conforme el capitalismo avanza en su trayectoria histórica– el estado está lejos de estar quedando relegado a segundo plano. En lugar de reconocer el pasado a través de los honores, reconoce el presente a través del mérito. Finalmente, en nuestra burguesía profesional, asalariada y no-propietaria podemos encontrar "carreras abiertas al talento", siempre y cuando recordemos que, puesto que hay tanto talento por ahí, en todo momento debe haber alguien dispuesto a decidir quién tiene talento y quién no. Y esta decisión, cuando se toma sobre una estrecha escala de diferencias, es una decisión política.

Podemos entonces describir la imagen completa. Ha habido en el curso del tiempo un desarrollo de una burguesía en un marco capitalista. La presente versión de la misma, sin embargo, recuerda muy poco al mercader medieval cuya descripción está en el origen del nombre, y recuerda también muy poco al industrial capitalista del siglo XIX cuya descripción originó el concepto en la definición con la que lo emplean en nuestros días las ciencias sociales históricas. Nos hemos dejado desconcertar por lo accidental y distraer deliberadamente por las ideologías en liza. Pero es sin embargo cierto que la burguesía como

beneficiaria de la plusvalía es el principal actor del drama capitalista. Ha sido siempre un actor tanto político como económico. Es decir, el argumento de que el capitalismo es un tipo de sistema histórico único porque ha mantenido la esfera económica independiente de la política me parece una confusión monumental en la interpretación de la realidad, y una tremendamente estrecha.

Y esto me lleva al último punto, sobre el siglo XXI. El problema con este último avatar del privilegio burgués, el sistema meritocrático –su problema desde el punto de vista de la burguesía– es que es el menos (no el más) defendible, porque sus bases son las más débiles. Los oprimidos pueden soportar ser gobernados y premiados por quienes han nacido para cumplir esa función. Pero ser gobernado o premiado por gente cuyo único mérito (además des dudoso) es que son más listos, eso ya parece demasiado. El velo puede rasgarse más pronto y la explotación se hará entonces transparente. Los trabajadores, sin un zar o un empresario paternalista frente al que calmar su ira, están mucho más dispuestos a explicarse sobre la base de una interpretación estrecha e interesada las desgracias que les acontecen. De esto es de lo que hablaban Bagehot y Schumpeter. Bagehot todavía esperaba que la Reina Victoria diera el golpe de gracia. Schumpeter, que llegó más tarde, y de Viena y no de Londres, y que había enseñado en Harvard y por tanto había visto de todo, era mucho más pesimista. Supo que aquello no podría durar demasiado desde el momento en que se hizo evidente que los burgueses ya no podrían convertirse en aristócratas.

Postmetropolis os propone la lectura
de esta versión castellana de un texto clave
del sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein,
en el que, a través de un lúcido análisis
de los cambios de sentido experimentados
por los conceptos de burgués y burguesía,
explica el funcionamiento del sistema capitalista
y de lo que Picketty ha denominado
el "capitalismo patrimonial".

Publicado anteriormente en EDICIONES CONTRATIEMPO